EL AVENC

POR

ALBERTO DIAZLASTRA

A Guillermo D. L.

Transcribo un fragmento de la noticia publicada en un periódico nacional, respecto al hundimiento misterioso (uso el atrevido calificativo exclusivamente en concesión al sesgo inexplicable que ha tomado el desgraciado accidente, y que parece unido ya ineludiblemente a cualquier mención que se haga del asunto) del pueblo Cañadallena, ocurrido en fechas recientes en las estribaciones de la Sierra de Toluca, Mex., al sureste del desierto llamado Valle del Mezquital.

«La posibilidad de que la desaparición íntegra de Cañadallena se debiera a una falla geológica, fue descartada al apreciarse que únicamente se hundió el perímetro correspondiente a la propia cañada. Los geólogos afirman, a título de suposición, que el lecho de la cañada —enclavada en una especie de cráter bordeado por paredes rocosas— sufrió el hundimiento a causa de haber estado asentada sobre estratificaciones calcáreas de escasa consistencia que cedieron al simple paso del tiempo, o por la acción continua del agua.»

Como puede observarse fácilmente, los asertos son presumiblemente esto o aquello, y las explicaciones menos satisfactorias aún, toda vez que los científicos se enfrentan a un caso singular que no permite su explicación por analogía con ningún acontecimiento semejante. Amén de que los sondeos —que para estos momentos llegan a los cuatrocientos metros— no registran el menor rastro de material duro y extraño, cuando ha sido un pueblo entero el que ha desaparecido bajo esa superficie con sus tres mil doscientos y pico de habitantes, casas, enseres, animales y vegetación.

Sin haber variado aparentemente en profundidad, la superficie, ahora arenosa, de la cañada, empieza ya a ser cubierta por una incipiente vegetación que acentúa el dramatismo con un cierto aire apacible y hermoso.

Pero el asunto carecería de importancia especulativa —excepción hecha de los geólogos y demás especialistas en la materia— de no mediar la circunstancia de que los habitantes fueron avisados reiteradamente el peligro que corrían, si no abandonaban rápidamente la

población, por Valeriano Tomás, vecino de Cañadallena en los últimos tiempos. Si hemos de aceptar como válidos los razonamientos de los cuales este individuo dejó constancia en las cartas enviadas secretamente al Presidente Municipal de Coyotepec —a cuya jurisdicción pertenecía Cañadallena— suplicándole que interviniera a fin de que se evacuase la población, habremos de aceptar simultáneamente la carga fantasiosa que contienen sus documentos, que en este caso parecen mezclarse pavorosamente con la realidad, de acuerdo con los acontecimientos ocurridos en lo que fue Cañadallena.

Según las afirmaciones de Valeriano Tomás, los propios vecinos de Cañadallena fueron responsables de su destino al romper la armonía natural que les permitió vivir durante tanto tiempo en aquel paraje.

Sus descripciones precisas de cómo debió ser la superficie antes de ser poblada, coinciden por otra parte con el aspecto que ahora ofrece el lugar; la misma arena gruesa ligeramente húmeda, los extremos yacentes al pie de las montañas «untados a las paredes rocosas, como si alguien hubiera resanado las imperfecciones de la juntura de dos superficies añadiendo un material semejante —arena en este caso— hasta desvanecer toda aspereza».

Sorprende en las cartas de Valeriano Tomás su empleo exacto del idioma al que, si no calificamos de francamente artístico, sí podemos afirmar que corresponde al de una persona versada en la estructura del lenguaje y la utilización casi matemática de expresiones que hacen todos sus escritos absolutamente claros y rítmicos. Por otro lado, sus continuas menciones a lugares remotos, incluso del extranjero, modelan la existencia de un individuo de horizontes ilimitados y formación amplísima, aunque no se pueda por esto suponerle una preparación organizada o metódica en relación a ninguna especialidad. Copio a continuación algunos párrafos suyos relacionados con el asunto:

«Existen en España, hacia el sur, y más precisamente en la provincia de Castellón, unas curiosas imperfecciones geológicas que me dan mucho que pensar ahora sobre nuestra propia cañada; se trata de unos simples agujeros que se encuentran de pronto en medio del terreno pedregoso de la comarca. En dialecto valenciano les llaman "avenc". Un "avenc" se reconoce inmediatamente porque está rodeado y cubierto de rocas de una manera artificial y ostensible. Su diámetro es reducido por regla general, aun cuando los hay hasta de un metro en su parte más ancha. Si uno se asoma a la hoquedad sólo alcanza a distinguir las paredes de roca más superficiales; hacia abajo todo es enigmática oscuridad. Pero si se toma una piedra de menor

volumen y se suelta dentro, por varios segundos se puede escuchar el seco rebote al golpear contra las aristas, cada vez más debilitado por la profundidad; jamás se escucha que toque fondo. La sensación es de que aquella piedra *no termina de caer nunca.*

Por supuesto, lo anterior resulta imposible, ya que la gravedad atraerá cualquier objeto, en todo caso, hasta el centro mismo de la tierra, hasta el magma líquido de fierro y níquel. Resulta aventurado también, por otra parte, suponer que el "avenc" está abierto en línea recta hasta el nife: de ser así la masa metálica sometida a las altísimas presiones de la ebullición encontraría un punto de fuga inaugurando un cráter de mayor o menor actividad de acuerdo con el caso. ¿A qué misterioso lago interior conduce pues el "avenc"...?

Pero esto es perdernos en suposiciones especulativas que no hacen al caso, ya que trato de encontrar tan sólo una similitud entre aquellos simpáticos y fascinantes agujeros y nuestra cañada.»

En sus interminables cartas Valeriano juega con diversas teorías acerca de la naturaleza geológica de Cañadallena, tratando de interesar al Presidente Municipal de Coyotepec. Nada dicen ellas respecto de sí mismo, concretándose a informar, de pasada, que llegó un buen día, procedente de no se sabe dónde, y que se instaló en el pueblo en una fecha que no puede ser anterior a un año de los últimos acontecimientos. Una vez allí se dedicó a las más modestas y diversas ocupaciones ayudando a los vecinos, de lo que se desprende que más que un *modus vivendi* buscaba la compañía y amistad de los demás. Pero, sobre todo, su correspondencia se refiere a las causas primitivas que según su opinión acarrearían una catástrofe a los habitantes de Cañadallena.

«Por aquel tiempo me pareció que era una población ideal, donde todos trataban de comprenderse y ayudarse. No hay realmente ninguna diferencia de posesiones, y, por lo tanto, no hay en este soñado lugar los consabidos ricos y pobres. La única construcción con ciertas pretensiones es la iglesia, que no por esto deja de ser modesta. Naturalmente, hay personas de mejor trato que otras. Por lo general, me parecía más hermética la gente del barrio de la Inmaculada. Después supe el porqué: Aquél era el barrio de los brujos. Realmente, sus pobladores no pasaban de ocupar una docena de casas dispuestas a espaldas de la iglesia, en una especie de cuchilla que se abre hacia afuera en los terrenos de cultivo. Conociendo mejor a las personas fui partícipe de confidencias e intimidades. Los brujos no son del todo bien vistos; se les teme más que otra cosa. Relativamente. Eran, hasta entonces, gente que concurría a los ejercicios religiosos, y que cumplía normalmente con las tareas comunales del campo. La única

diferencia existía en que no participaban en la diaria reunión de la cantina al caer la tarde; se quedaban en sus casas leyendo, y, al decir de algunos, exorcizando, embrujando.

»El señor cura tomó parte a menudo en las discusiones acerca de los brujos; había que comprenderlos, según su opinión. Sus prácticas ofendían a Dios, pero desde la inocencia; desde el fanatismo y la ignorancia. En todo caso recomendaba dejarlos en paz, que ya se encargaría él de atraerlos poco a poco a la luz de las cosas santas. La dificultad estaba en que más de uno les atribuía ingerencia en los sucesos desgraciados del pueblo, en la enfermedad de alguien, en consecuencias diversas...

»Comprenderá usted, señor Alcalde, que logró inquietante algún tiempo después el hecho de notar, por causas que aún desconozco, un recrudecimiento en las no muy buenas relaciones de ambas partes. Creí entrever que en el fondo había algo de pequeños intereses mezclados con la simple animadversión y el miedo: la posesión de un trozo más de tierra laborable, la concesión de ciertas encomiendas en el comercio con la ciudad; naderías. Desearía equivocarme, pero creo que se trata de pequeñas mezquindades en el fondo.

»El suceso empezó a tomar un cariz más o menos grave cuando surgieron las querellas personales: uno de los habitantes de la Inmaculada protestó por haber comprobado algunos daños en su propiedad; otro, de haber recibido una pedrada que algún desconocido le lanzó amparado por la oscuridad; por otro lado, alguien se quejó de extrañas dolencias que podían estar relacionadas con algún maleficio, e incluso quienes culparon a los brujos de responsabilidad en la mala cosecha que se estaba teniendo.

»Yendo a más, empezó a practicarse un pronunciado ostracismo contra los vecinos de la Inmaculada. Incluso se les negó participación en algunas tareas de recolección —que habitualmente son comunales—, lo cual constituía cierta injusticia. La única autoridad en este caso, que usted conoce sobradamente, descansa en Olegario Cruz, Comisario en funciones de una policía más simbólica que real, y que en este caso optó por lavarse las manos haciendo caso exclusivamente a los hechos delictivos.»

Las explicaciones de Valeriano Tomás siguen en derredor de los sucesos posteriores con profusión de hechos y nombres que no nos es dado seguir por no estar familiarizados con las personas y el lugar. Alude sin embargo, más adelante, a una curiosa dualidad de equilibrios que tiene ya una estrecha relación con la hecatombe final.

«Como en todas partes, en Cañadallena existe esa ambivalencia de armonías que se refieren, en un caso a la parte afectiva del entendi-

miento entre las personas, y, por otra parte, a las condiciones físicas del pueblo en sí. Pero en este caso se encuentran, para mi modesta manera de ver, dramáticamente acentuadas: la ruptura cabal de uno de estos equilibrios puede causar el quebrantamiento del otro, en cuyo caso tendrá que sobrevenir una desgracia de la que aún no me atrevo a imaginar cuáles serán las consecuencias.

»Por un lado es fácil observar que la superficie arenosa del suelo de la cañada se encuentra perpetuamente húmeda, razón que determina su relativamente asombrosa fertilidad en medio de un desierto, y que está asegurada por los manantiales que nacen en las estribaciones montañosas; por otro lado, es igualmente claro que el subsuelo de la cañada tiene que ser forzosamente rocoso, dado que la orografía circundante es en un todo de esta formación. Aparentemente, estas consideraciones poco o nada tienen que ver con mis expresados temores, ya que en apariencia la estratificación más bien sólida del terreno asegura una consistente armonía física a los moradores de Cañadallena.

»Pero no quiero distraer su atención por más tiempo, y voy a contar a usted los sucesos que, en principio, han motivado estas denuncias, a su digna consideración.

«Como decía anteriormente, el mal entendimiento de cierto sector del pueblo con los habitantes de la Inmaculada iba de mal en peor. Se llegó a negárseles participación en las faenas cotidianas, y en la última siembra fueron prácticamente invadidas sus parcelas. Por su parte, los de la Inmaculada respondieron cerrándose en ellos mismos, y a estos términos obedeció que tuvieran que usar los espacios aledaños a sus casas para el secado de sus granos y forrajes, y en los que eventualmente habían intentado algunas siembras.

»El caso es que una mañana los improvisados secaderos amanecieron quemados y humeantes aún. No he tomado partido, como usted podrá comprobar en el curso de cuanto le expongo, por ninguna de las partes. Pero en esta ocasión era bien evidente que la acción había sido a todas luces delictiva y canallesca. Pero mi irritación debe quedar al margen de los hechos, ya que como siempre, quienesquiera que hayan sido los incitadores de semejante tropelía estarán convenientemente a salvo tras la ignorancia y buena fe de los demás.

»Esa misma tarde, cuando se practicaban algunas averiguaciones meramente oficiosas, ya que se sostuvo la idea de un accidente, algunos jóvenes de otros barrios empezaron a cavar una zanja de cierta profundidad y anchura que limitaba escasamente las propiedades de la Inmaculada. Los habitantes protestaron inútilmente, pues la actitud de los iracundos mozos contagió a los hombres del pueblo,

y poco tiempo después parecía que todos los vecinos se encontraban allí empeñados en aquella labor de acotamiento. Esa noche la zanja dividía la superficie del pueblo, formando como un ángulo agudo, cuyo vértice partía a espaldas de la iglesia y continuaba hasta perderse en los terrenos de cultivo.

»El estupor del pueblo a la mañana siguiente no tuvo límite: la zanja había desaparecido, y sólo una suave hondonada indicaba el rastro del ángulo. Como físicamente era imposible que aquellos pocos hombres hubieran podido hacer en el curso de una noche aquella gigantesca faena, teniendo en cuenta que no había señal alguna de trabajo, la explicación unánime fue de que los brujos habían utilizado sus poderes para salir del paso. Indignados algunos de los contrarios dijeron que nada temían, y que necesitarían recurrir al mismo diablo para salirse con la suya, e inmediatamente empezaron a cavar como el día anterior. Fue como una fiebre que se comunicó a los demás, y nuevamente el pueblo entero se entregó al empeño con inusitada vehemencia. Toda actividad ajena a la construcción de aquella especie de *ghetto* fue suspendida. Por la tarde la zanja era mucho más larga, más ancha y aun más profunda.

»Fue por eso que lo que pudimos ver al día siguiente, pese a cierta vigilancia que se dejó cerca de la zanja, nos dejó estupefactos: todo había vuelto a la normalidad. La hondonada era esta vez más amplia, más desvanecida, pero igualmente superficial como el día anterior. Yo no creo en brujerías señor alcalde, pero ¿cómo ha sido posible que el trabajo de todos los hombres de un pueblo desaparezca en unas cuantas horas sin dejar rastro?

»Permítame aventurar una posibilidad: nos estamos hundiendo. Estamos asentados en el vano mismo de un gigantesco "avenc", que por una caprichosa infraestructura natural ha bloqueado el paso con una cubierta de arena húmeda. Arena que de variar su textura y grado de humedad se colará por los más recónditos intersticios hasta romper definitivamente el equilibrio natural sobre el que está asentado todo un pueblo...»

Aún Valeriano Tomás se extiende algunas líneas más, con un tono que, si bien no refleja precisamente temor por su parte, sí manifiesta cierta alarma por la posibilidad de que ocurra una «catástrofe inaudita, hecatombe bíblica»...

Su última carta es bastante sucinta, escrita con apresuramiento, y se limita exclusivamente a especular sobre los últimos acontecimientos:

«Ahora tendrá usted que enterarse forzosamente de cuanto está pasando aquí, pues la muerte de Iñigo Labiada —uno de los pretendidos brujos— está íntimamente ligada al caso: Fue sorprendido junto

a la zanja haciendo vehementes exorcismos con el cuerpo cubierto de amuletos y los ojos perdidos en el trance. Justo donde se encontraba fue apaleado por una turba que se congregó en un instante. Fue una muerte horrenda: de rodillas, indefenso, fue materialmente molido a palos hasta quedar convertido en un montón inerte de carne tumefacta. Sus asesinos desaparecieron como habían llegado, rápida y silenciosamente.

»No obstante los hechos, me atrevo a asegurarlo, que Iñigo se encontraba en aquel lugar, y entregado como un último recurso a sus prácticas mágicas, porque tanto él como los demás vecinos de la Inmaculada, *estaban tanto o más asustados que cualquiera de los parroquianos cuanto que se sabían irresponsables de lo que estaba ocurriendo.*

»Un último fenómeno ha venido a sembrar el espanto entre las gentes: Poco después de la muerte de Iñigo, la zanja volvió a surgir, es decir, a quedar el vacío, y casi insensiblemente se fue llenando con una rapidez inimaginable. A partir de ese momento la operación se repite casi ante los ojos de todos los pobladores que ya no abandonan el lugar presas del pánico y el desconcierto. Me temo lo peor: la arena tiene cada vez más libre el paso, y como un depósito automático vuelve a llenarse cuando se ha vaciado. El material se escapa tierra adentro por alguna parte, y no es nada inverosímil suponer que pueda pasar a mayores. Como usted recordará, le dije que la zanja afecta la forma de un ángulo agudo; bien, si algo se desprendiese allá abajo, si sólo estuviéramos oscilando como sobre un par de apoyos al borde del abismo, bastará un poco más de arena limando las bases para que ese ángulo se desprenda hacia abajo como un trozo de pastel. En cuyo caso todo estará perdido: falto ese apoyo toda la estructura fallará rompiéndose por sus partes más débiles y se precipitará, no me atrevo a pensar hasta dónde.

»Ya no es el caso de que usted intervenga a fin de dar término a una rencilla que pudiera ser fatal: ahora se trata de que ordene usted evacuar el pueblo antes de que hayamos de lamentarlo irremediablemente.»

El alcalde de Coyotepec asegura haber mandado dos policías a la mañana siguiente, con la promesa de presentarse personalmente hacia el mediodía. Los emisarios fueron los primeros en dar la noticia: Cañadallena había desaparecido y en su lugar sólo quedaba una superficie más o menos regular de arena húmeda.

No se ha tenido más noticia de Valeriano Tomás.

Copenhague, otoño del 65

ALBERTO DIAZLASTRA
28 rue du Four
PARÍS, VI